



Alejandro Nieto

Estado holgazán



Los abogados estamos acostumbrados a esperar a que pasen meses y años hasta que llega la sentencia por muy urgente que sea la petición del cliente; pero tenemos cierta comprensión para las indebidas dilaciones cuando contemplamos los montones de autos que se acumulan en las secretarías. Menos entendemos el retraso de la Administración a la hora de contestar las peticiones y reclamaciones de los ciudadanos, puesto que los funcionarios no están de ordinario tan abrumados de trabajo y el que tiene buenas relaciones personales o económicas recibe la licencia a los quince días de haberla solicitado.

Éstos son los llamados silencios y, en su caso, inactividades judiciales y administrativas que tan bien denuncia la doctrina y tan mal soluciona el legislador. Unas cuestiones importantes, desde luego, pero no tanto como aquella de la que hoy quiero ocuparme. Porque es el caso que, en la actualidad, somos todos los ciudadanos los que padecemos las consecuencias de la pereza del Estado y no solamente los que piden que los jueces y autoridades les reconozcan sus derechos.

En el neoliberalismo teórico y en el capitalismo globalizado práctico en

que vivimos, las condiciones del juego social son muy simples: cada uno hace lo que le conviene, mas siempre bajo la mirada diligente del Estado que es el responsable de que se cumplan las reglas del juego del mercado limpio. El Estado ha renunciado a la dirección económica en beneficio del mercado libre; pero no ha desaparecido del todo, puesto que sabiendo de sobra la proclividad humana a hacer trampas, no ha querido dejar a los individuos abandonados ante el poder fáctico de los empresarios y, en consecuencia, se ha quedado con la potestad de la vigilancia para evitar abusos. Parece, pues, que podemos vivir tranquilos dado que la calidad de los alimentos está garantizada, al igual que la seguridad de los edificios y servicios, y las empresas grandes y chicas sienten la mirada constante de un inspector que no les permite abusar de los compradores y usuarios. Todos, en suma,

Las cotidianas infracciones de las reglas del mercado sorprenden al Estado con los ojos cerrados y los brazos caídos

podemos contar con la honestidad de los demás y pensar que la buena fe preside las relaciones de nuestra vida.

Pero aquí es donde falla el sistema. Porque todos sabemos que el Estado es holgazán y se duerme a la hora de vigilar. Las cotidianas infracciones de las reglas del mercado (y de la seguridad, y de la sanidad y de la policía en general) sorprenden al Estado con los ojos cerrados y los brazos caídos. Una pasividad mucho más grave que los silencios a los que se aludía al principio porque está incomparablemente más generalizada. No me estoy refiriendo aquí a las picardías de Gescartera o de esas inmobiliarias que salen todos los días en los periódicos y, menos aún, a las maniobras de los banqueros truhanes, sino al engaño organizado que nos envuelve de día y de noche y que el Estado tolera impasible.

Las compañías aéreas y de telefonía lanzan ofertas de publicidad engañosa que los inspectores podrían comprobar con una simple llamada telefónica; los comercios abren y cierran sin respetar los horarios anunciados; se abren chiringuitos nocturnos rigurosamente prohibidos que nadie se ocupa de clausurar; y, el colmo de los colmos: las cadenas de televisión desbordan los espacios publicitarios autorizados convencidas de que los inspectores duermen a la hora en que se emiten los anuncios. No hace falta seguir: la holgazanería del Estado a todos nos afecta en las cosas grandes y pequeñas, y esto se ha convertido en el puerto de arrebatacapas con los carabineros echándose la siesta.

Y no se me diga que el Estado carece de personal suficiente para cumplir estas obligaciones, ya que lo tiene, y de sobra, para realizar otras cosas completamente inútiles. Pero, además y sobre todo, si las fuerzas no le llegan, que no asuma compromisos que luego no va a cumplir, dado que con sus promesas de vigilancia nos está engañando a todos, nos expone a riesgos ciertos y nos hace perder la poca confianza que todavía nos quedaba en él. ■